

BALANCE DE LA PRIMERA EVANGELIZACIÓN DE LA EUROPA DEL NORDESTE

JERZY KŁOCZOWSKI

La cristianización de Europa es un proceso muy largo desde la antigüedad hasta la conversión oficial de los dirigentes de la Lituania pagana al final del siglo XIV. Hacia el fin del primer milenio de esta historia, en los siglos IX y X, encontramos sobre el mapa de nuestro continente la cristiandad occidental latina, se puede decir carolingia, y la cristiandad oriental, griega, bizantina. La expansión misionera de estas dos cristiandades en los siglos IX y X dio resultados bien visibles hacia el año 1000. Se puede, por tanto, hablar de la «nueva cristiandad» de los países del Centro, del Norte y del Este de Europa. En el Centro, se trata sobre todo de los estados que se han formado a lo largo de las transformaciones del siglo X: Croacia, Hungría, Bohemia y Polonia, que constituyen los límites de la cristiandad occidental entre el Adriático y el Báltico. En el Norte, el cristianismo se implantó, sobre todo, en el siglo X, en los Países Escandinavos (pero no en Finlandia donde sólo el siglo XIII será decisivo). Dinamarca logró organizar sus diócesis en la segunda mitad del siglo XI; los arzobispados escandinavos datan del siglo XII. Al Este, el fenómeno más importante fue la creación de bases sólidas de la cristiandad bizantino-eslava, primero en Bulgaria, y después la implantación de esta cristiandad en un gran país, la Rus de Kiev, hacia el año 988. Con la creación de la «nueva cristiandad» y sus fronteras, encontramos ya el espacio de la Europa del segundo milenio, nuestra Europa actual. Las etapas de la formación de la «nueva cristiandad» son, en el fondo, las etapas decisivas de la formación de Europa.

En la Europa del Centro-Este, los Croatas, los Eslavos y los paganos, implantándose en el «Illyricum» en los siglos VI y VII, destruyeron, en gran parte, los cristianismos que existían en estas regiones. El Estado croata cristiano se formó lentamente a pesar de fuertes y diferentes obstáculos a lo largo de los siglos IX y X. Un «gran momento» es la creación del Reino hacia 925, ligado profundamente a la Santa Sede.

Más al Norte, el Estado Esloavo de Moravia, cristianizado y relativamente fuerte en el siglo IX, fue destruido hacia el año 900 por la invasión de los Húngaros. Un factor especialmente interesante del cristianismo moravo es la coexistencia de dos lenguas litúrgicas, el latín y el esloavo. Dos intelectuales bizantinos, San Cirilo y San Metodio, introdujeron, con la ayuda de Roma, la liturgia en lengua esloava desde los años 60 del siglo IX. Después de la catástrofe de Moravia, la liturgia esloava se mantuvo en Bulgaria en donde las bases de la civilización esloavo-bizantina fueron elaboradas de manera definitiva. En la Europa del Centro-Este, los restos del alfabeto y de la liturgia eslavos se mantuvieron solamente en Croacia, además del latín; en los otros países de la región, la victoria del latín en la Iglesia se hizo completa con el tiempo.

La cristianización de Bohemia fue un proceso muy lento a lo largo de los siglos IX y X. La conversión oficial de los príncipes del país, que vivían en Praga, data del final del siglo IX, pero la diócesis de Praga no fue creada hasta los años 70 del siglo X.

Polonia se formó entre los años 940 y 1000 alrededor de la ciudad de Gniezno como un Estado relativamente fuerte. Con el bautismo del príncipe Mescó comenzó el proceso de cristianización, dirigido, desde 968, por un obispo directamente dependiente de la Santa Sede. La creación en el año 1000 de la provincia eclesiástica de Gniezno, junto a la tumba del santo mártir, el obispo Adalberto (Vojtech-Wojciech) reforzó enormemente la nueva Iglesia y el Estado polaco.

Las transformaciones de la sociedad nómada húngara a lo largo del siglo X estuvieron en relación con las influencias cristianas bizantinas y latinas al mismo tiempo. La lengua latina triunfó solamente hacia el final del siglo X, con el santo rey Esteban. La provincia eclesiástica y la monarquía (1001) reforzaron la cohesión del Estado.

Hacia el año 1000, el cristianismo se estableció tanto en los países eslavos y escandinavos como en Hungría. Debido a esto, la cristiandad occidental se extendió mucho, en comparación con la época de Carlomagno: hacia el Este y el Norte aumentó entre tres y cinco millones de nuevos bautizados.

Los descubrimientos hechos por los arqueólogos demuestran toda la riqueza y la identidad del arte cristiano de esta época, especialmente en Hungría, Polonia y Bohemia. Además, las primeras catedrales, en Esztergom o en Poznan por ejemplo, alcanzan ya entre 50 y 60 metros de largo y varias capillas de planta circular servían en los *castra* oratorios principescos. Al principio, las influencias que venían del Sur, en particular de la Dalmacia, parecen haber sido preponderantes, pero, desde el final del siglo X fue el arte otoniano del Imperio el que prevaleció. El arte nórdico cristiano, hacia el año 1000, estaba muy retrasado

en relación con el de los otros países de la nueva cristiandad situados entre el Adriático y el Báltico, puesto que las primeras construcciones de piedra no aparecieron hasta mediados del siglo XI.

La cristalización, aproximadamente en la misma época, de las bases de la futura zona religiosa y cultural eslavo-bizantina fue otro acontecimiento importante que perfilaba claramente las fronteras de la futura Europa. En el año 1000 quedaba todavía una amplia zona pagana al borde del Báltico. En ella vivían los Eslavos del litoral meridional, los Baltos (entre otros los «Prusianos», *Prutheni* de las fuentes latinas) y al Este, los pueblos Fineses, hasta el Gran Norte, así como una zona de pueblos nómadas que gravitaban al norte del Mar Negro. Los mejores espíritus, en las élites de la cristiandad, soñaron entonces con una misión pacífica dirigida a todos esos pueblos, tales como San Adalberto, que murió martirizado en 997 al borde del Báltico, cerca de Gdansk, San Bruno de Querfurt, que encontró ayuda para su acción misionera en la Corte de Esteban de Hungría, Vladimiro en Rus de Kiev o Boleslao en Polonia. No se sabe gran cosa sobre los hombres de las primeras generaciones que dirigieron la obra de la cristianización. La tradición ha visto, sobre todo aquí, a algunos príncipes-reyes, rodeados algunas veces de un verdadero culto religioso y presentados por las hagiografías como modelos de buen rey cristiano. Tal es, especialmente, el caso de San Wenceslao en Bohemia y de San Esteban en Hungría. San Olaf en Noruega es presentado en las sagas de una manera muy diferente: es un verdadero Vikingo durante toda su vida, con algunos rasgos de madurez espiritual al final.

Entre los indígenas la única personalidad de talla excepcional es la de San Adalberto-Vojtech (Wojciech en polaco), patrón de Polonia, Bohemia y Hungría. Su muerte, en 997, impresionó tanto a las élites espirituales de la época, sobre todo en Italia y en Alemania, que dispusimos de varias *Vidas* escritas muy rápidamente después de su muerte, que son de un inestimable valor. El desgraciado obispo de Praga, incomprendido por sus diocesanos todavía muy rudos, soñó con una experiencia monástica profunda y con un cristianismo vivido personalmente con la pasión que caracteriza a los santos. Los contemporáneos más sensibles a los valores espirituales, como Otón III o el futuro San Bruno de Querfurt, apreciaron mucho sus enseñanzas. En efecto, sabemos que el joven emperador pasó horas en conversación con él, a quien trataba como un maestro espiritual.

Pero la gran mayoría de los obispos a lo largo de las primeras generaciones fueron extranjeros venidos de diferentes países de Occidente y sobre todo del Imperio. En Hungría, en la época de San Esteban, en donde la organización eclesiástica fue, al parecer, mucho más desarrollada que en los otros países de nuestra región, no había ni un solo

obispo de origen húngaro. Con frecuencia, conocemos solamente el nombre de estos personajes, de lo que vienen discusiones sin fin sobre su país de origen. Los extranjeros fueron también numerosos en el séquito de los obispos, así como en las capillas de los príncipes-reyes. En efecto, sus capellanes fueron utilizados por esos príncipes en sus relaciones internacionales como enviados o delegados, mientras que la presencia cotidiana de estos sacerdotes en la Corte contribuía a influenciar todo el medio ambiente en el sentido de una cierta inculturación religiosa. Los soberanos apreciaban mucho a estos personajes que aceptaban colaborar con ellos. Así, por ejemplo, Esteban de Hungría, retuvo en su corte a Gerardo de Venecia, que iba de camino hacia Jerusalén; después de algunos años al servicio del rey, fue nombrado obispo de Csanad, cosa que parece probable que haya sido el procedimiento normal cuando se trataba de una Iglesia muy estrechamente ligada a la persona del príncipe.

La cuestión del clero indígena fue primordial en todas partes. A este respecto, se puede evocar el ejemplo del obispo Gerardo de Venecia, suponiendo que todos los buenos obispos obraran de la misma manera. Nombrado después de 1030 obispo de Csanad, una diócesis creada recientemente en el límite de la zona de influencia bizantina, Gerardo quiso, en primer lugar, asegurarse la ayuda de sacerdotes nacidos en Hungría, en estrecha colaboración con los misioneros extranjeros. En la zona, obtuvo un gran éxito ganándose la ayuda y la confianza de los señores húngaros. Fue organizada una escuela junto a la catedral para la educación de los futuros sacerdotes. Esta fue la tarea más difícil, teniendo en cuenta el número creciente de iglesias que pedían pastores que las sirviesen. Los patronos-propietarios eran los responsables y el control del obispo sobre estos clérigos, que ejercían funciones parroquiales fue, sin duda, muy limitado. Los jóvenes aristócratas mejor dotados —es el caso de San Adalberto y de muchos otros— tuvieron la suerte de poder hacer estudios en el extranjero, en Magdeburgo, por ejemplo, o también en Lieja, que se había convertido en un importante centro de formación en el siglo XI.

La implantación de los monasterios fue bastante lenta. Los monjes estuvieron presentes entre los primeros misioneros y obispos. Pero, en general, los monasterios que se implantaron entonces no constituyeron centros misioneros. La red de monasterios, al igual que la de diócesis, no alcanzó una cierta densidad más que a orillas del Adriático. Más al Norte, hay que esperar hasta el año 1000 para ver formarse grandes monasterios. Pannonhalma, en Hungría, inauguró entonces una expansión benedictina que fue en ese país más importante que en otros: sabemos que, ya en la época de San Esteban, otras siete abadías habían surgido en Hungría. En Bohemia, las mujeres guiadas por la princesa Mlada, hermana de Dobrava, esposa de Mescó I, abrieron el

camino creando un monasterio en Praga, en contacto inmediato con el centro del poder. Muy pronto, dos abadías de hombres fueron fundadas en Brevnov, cerca de Praga, y en Ostrov, en Moravia.

En Polonia, a comienzos del siglo XI, se organizó un monasterio para continuar la obra misionera iniciada por San Adalberto al borde del Báltico. En 1001 dos discípulos de San Romualdo vinieron a Polonia y Bruno de Querfurt anhelaba reunirse con ellos muy pronto. Dos polacos ingresaron en la comunidad. En la noche del 10 al 11 de noviembre de 1003, los cuatro monjes y su cocinero fueron asesinados por los paganos. Un culto, vivo hasta hoy, rodeó muy pronto a nuestros cinco mártires, pero el monasterio no les sobrevivió más que algunos años. Al mismo tiempo, aparecieron también en Polonia un monasterio de mujeres y quizá varios monasterios masculinos. Fue en este país en donde nació, hacia el final del siglo X, un ermitaño llamado Andrés-Svierad, que murió en 1034 cerca de Nitra en Eslovaquia y fue canonizado en 1083 como patrón de Hungría con San Esteban, su hijo y Gerardo de Venecia. Los primeros monasterios polacos fueron destruidos durante los acontecimientos de los años 1030 y los nuevos —de los cuales algunos como el de Tyniec, cerca de Cracovia, existen todavía— fueron creados a mediados del siglo XI.

El primer monasterio escandinavo, según nuestros conocimientos, fue fundado por el rey Knut el Grande, al principio del siglo XI, en la diócesis de Schieswig, pero la ola de fundaciones no comenzó hasta poco antes del fin de ese siglo. En diversas diócesis, los regulares formaron alrededor de los obispos los primeros capítulos, que vivían sobre todo según la Regla de San Agustín.

No hay que menospreciar la función de los príncipes-reyes y sus colaboradores, así como la de aquellos obispos con algunos sacerdotes y monjes de una alta cultura general y religiosa. Ellos comenzaron una inmensa labor de transformación religiosa que llegará a tener, a la larga, consecuencias culturales de una importancia considerable. Pero la obra de cristianización constituye un largo proceso plurisecular que, en este país, llegó primero, como regla general, a los centros del poder y a las élites sociales, y se extendió después lentamente a amplias capas de la sociedad. Las exigencias culturales que implicaba la pertenencia a la nueva fe, fueron formuladas por los misioneros y repetidas por ellos muchas veces, mientras que los príncipes-reyes usaron de su autoridad para hacer respetar las obligaciones esenciales. No hay que olvidar que el cristianismo reemplazaba como culto oficial el viejo culto público tribal. Las severas exigencias que implicaba este último fueron, con frecuencia, retomadas después del bautismo oficial, de una manera casi automática adaptándolas en el nuevo marco religioso. Así, pues, la orden dada por Boleslao el Valiente, en Polonia, de romper los dientes de

las personas que no hubieran practicado el ayuno, estaba en la lógica de una tradición de rigorismo de costumbres en pleno rigor. La cuestión de en qué medida esas prescripciones fueron cumplidas realmente sigue estando abierta. Se trataba, sobre todo, la mayoría de las veces, de prácticas externas y de comportamientos públicos. Así también, la celebración del domingo se impuso desde el principio con la obligación de participar en la Misa, decretada, por ejemplo, por San Esteban en Hungría; de lo que vino la necesidad de crear una red de iglesias accesibles a las poblaciones locales. Un signo extremadamente interesante, a mi parecer, de la eficacia cierta de esta pastoral elemental ha sido con frecuencia comprobada por los arqueólogos: se trata de la desaparición progresiva, entre los siglos X y XII, del rito, muy popular entre los Eslavos y los Escandinavos, de la incineración de los muertos en favor del enterramiento.

La resistencia de las antiguas costumbres y de la magia fue muy grande por todas partes en esas sociedades profundamente tradicionales. Los ritos paganos y las creencias ancestrales sobrevivieron durante mucho tiempo, sobre todo en el interior de las casas y de las comunidades familiares, en la zona del culto privado, más difícil de controlar o de cambiar. Las dificultades que encontraba un obispo fervoroso como San Adalberto en Praga al final del siglo X, cien años después de la recepción oficial del cristianismo en el país, muestra muy claramente la fuerza de este «paganismo práctico». San Gerardo de Venecia encontró la misma situación en su diócesis, en Hungría. En numerosas ocasiones, estallaron revueltas paganas contra todo el sistema del Estado cristiano, en el que el príncipe y los obispos formaban un conjunto muy cohesionado. Alrededor de los años 1030-1040, observamos, por ejemplo, una serie de revueltas sangrientas en Polonia y en Hungría, dos estados monárquicos relativamente bien estructurados sobre el plan de una organización eclesiástica nacional, con sus propias sedes metropolitanas. En Polonia, las revueltas y las invasiones extranjeras estuvieron a punto de destruir casi completamente la obra realizada durante setenta años en el terreno religioso, y fue necesario reconstruir casi todo el sistema a lo largo de la segunda mitad del siglo XI. Por regla general no hay que ver el proceso de la primera cristianización como una línea regular y constantemente ascendente. Por el contrario, agitaciones y retrocesos parecen haber sido la regla casi por doquier.

Por el contrario, sería excesivo no ver en este proceso de cristianización más que el resultado de las presiones o del temor a los poderes públicos, olvidando la atracción que ejercía la nueva religión, mucho más elaborada que las creencias paganas. Incluso desde el punto de vista práctico, utilitario —argumento muy importante, teniendo en cuenta la mentalidad de estas poblaciones—, la potencia del Dios cristiano y

de sus santos valorizó, algunas veces, quizá de manera decisiva, la nueva religión. Pero lo esencial fue, sin duda, la visión escatológica del Más Allá, la esperanza de la vida eterna condicionada por la vida de aquí abajo, con la esperanza de una eternidad feliz o el temor de un infierno terrible. De hecho, la primera catequesis fundamentó las nociones elementales de esta visión del mundo. La construcción de las iglesias estuvo íntimamente ligada al establecimiento de cementerios contiguos, en donde los muertos esperaban en el lugar sagrado la señal del Juicio final. Lazos muy profundos y duraderos comenzaron a crearse alrededor de las iglesias parroquiales y de los cementerios a donde se acudía cada domingo. Los centros más importantes —los *castra* con sus *suburbia* o los lugares de ferias y mercados— fueron privilegiados en cuanto al número de iglesias y de clero, pero el establecimiento de una red coherente se desarrolló más rápido de lo que ha dicho la historiografía tradicional. A pesar del desconocimiento de la lengua litúrgica, el latín —incluso los propios clérigos tuvieron, sin duda, durante mucho tiempo un conocimiento bastante mediocre de esta lengua—, la participación de los fieles fue probablemente bastante activa, manifestándose sobre todo en los gestos, las procesiones y la recitación de algunas oraciones en lengua vulgar. Después de la lectura del Evangelio, el sacerdote estaba obligado en principio a dar algunas explicaciones en una lengua accesible. Cada participante ponía una ofrenda al pie del altar, acercándose a él uno detrás de otro. El calendario cristiano impregnó lenta y muy profundamente toda la vida de la población, integrando un conjunto de viejas costumbres y creencias. Toda la diálctica de cristianización del folklore y de folklorización del cristianismo comenzó entonces en este país, desde las primeras generaciones de bautizados, y fue así como las bases de la nueva cultura religiosa se fundamentaron durante siglos.

Un estudio reciente de las inscripciones rúnicas en Escandinavia ha aportado nuevos argumentos de un gran valor para la cuestión que aquí nos interesa. Se conocen actualmente unas dos mil inscripciones de los siglos X y XI en Escandinavia, de las cuales solamente cincuenta aparecen en Noruega, doscientas en Dinamarca y el resto en Suecia. Pero más de mil inscripciones se encuentran en la región de Uppland, ya mencionada antes, y la gran mayoría de ellas llevan signos o textos cristianos. No olvidemos que se trata de una región que, a la luz de las fuentes escritas —¡pero no de las inscripciones!— estaba desprovista de organización eclesiástica y en retraso en relación con las otras. Los símbolos y las palabras representadas en las piedras de los vikingos testimonian la conversión y la esperanza verdaderamente cristianas por parte de los autores y sus familias. En ellas se menciona y se representa a Dios, a Cristo, al Espíritu Santo, a María, a los santos, la resurrección

de los muertos, las peregrinaciones, la oración, los pecados, el bautismo, las obras de caridad, etc. Véase un ejemplo sorprendente de uno de esos textos profundamente cristianos: «Dios ayuda su espíritu y su alma mejor de lo que ha merecido». El lugar de las mujeres es particularmente interesante: el 36% de las inscripciones estudiadas les conciernen. Es interesante también que el 55% de estos textos menciona la construcción de puentes, tratada como una obra de caridad. Se recuerda, a propósito de esto, un ejemplo que aparece en la *Vita Anskarii*, escrita hacia el año 875, de una matrona sueca, Frideborg, muy constante en su fe, que antes de morir siendo muy anciana, pidió a su hija Katsa que distribuyera todos sus bienes entre los pobres. Conocemos mejor algunos ejemplos de piedad cristiana entre los Grandes y los obispos. Así, por ejemplo, una princesa polaca, Gertrude, esposa del príncipe de Kiev, ha dejado un libro de oraciones personales muy impresionante. Pero las inscripciones suecas muestran que había también, al parecer, almas creyentes y fervorosos cristianos en capas sociales más amplias de estas poblaciones recientemente cristianizadas.